



## TRIBUNA



ALVARO PEMPER

# ¿Falta formación al profesorado español?

SANTIAGO MOLINA

**C**ada vez que aparecen los resultados del Informe PISA saltan las alarmas y los medios de comunicación dedican cientos de páginas y de horas al análisis de los males de nuestro sistema educativo. Al poco tiempo se olvidan los desastrosos resultados de España en comparación a los de los países de nuestro entorno y no se hace nada para mejorar la situación.

En cambio, a los que llevamos más de 30 años estudiando la evolución del fracaso escolar en nuestro país, esos terribles resultados no nos impresionan porque sabemos que la raíz del mal es muy anterior.

Siendo consciente del riesgo que conlleva basar el diagnóstico en unas pocas causas, únicamente me voy a centrar en una: la formación del profesorado.

Hasta el año 1970, fecha en que la formación del profesorado de la enseñanza obligatoria se configuró como una carrera universitaria, era casi imposible ser profesor de una Escuela de Magisterio sin haber ejercido como maestro durante una serie de años y, en la mayoría de los casos, sin antes haber cursado la licenciatura de Pedagogía. A partir de ese año las nuevas Escuelas Universitarias de Magisterio se llenaron de profesores con contratos temporales y mal remunerados, a los que no se les exigía haber leído ni un solo libro de Pedagogía y, lo que es más grave, sin necesidad de haber ejercido ni un solo día como maestros. Desde entonces hasta hoy, los

centros universitarios encargados de la formación de ese profesorado tienen que hacer mil y una piruetas para poder lograr que los futuros docentes tengan la posibilidad de, al menos, disponer de un colegio para poder realizar raquíticas y pésimas prácticas.

Por lo que respecta a la formación pedagógica, tanto teórica como práctica, la situación es mucho peor que la de los maestros. A partir del año 1970 se comenzó a exigir al profesorado de ese nivel la realización del CAP (Curso de Aptitud Pedagógica), tras haber cursado una licenciatura en ciencias o en letras. Ese curso, a pesar de estar pésimamente diseñado y de impartirse al margen de las Facultades de Ciencias de la Educación, pudo tener algún sentido cuando la enseñanza secundaria era voluntaria y, en consecuencia, la cursaban sólo los mejores alumnos que habían terminado la EGB. Sin embargo, cuando desde la entrada en vigor de la LOGSE en 1990, los cuatro primeros años de ese nivel se convirtieron en obligatorios para todos los alumnos, el CAP resultaba absolutamente insuficiente, entre otros motivos, porque los colegios que se dignan admitir a esos estudiantes no reciben ningún incentivo económico ni profesional.

Desgraciadamente, a pesar de la proliferación de leyes educativas a las que ha estado sometido nuestro país en los últimos veinte años, el CAP sigue siendo el mismo que se diseñó en el año 1970. En consecuencia, durante todo este tiempo hemos

contado con un profesorado de enseñanza secundaria perfectamente preparado en el conocimiento de sus respectivas materias, pero con una escasa preparación pedagógica y con una nula formación práctica, lo cual impide que pueda enfrentarse al difícil reto que implica motivar a una mayoría de alumnos, comprendidos entre 12 y 16 años, que no desean estudiar porque, entre otras razones, viven en un contexto social que no incentiva el esfuerzo y el estudio.

Estoy completamente seguro de que todos los gobiernos que han existido en nuestro país durante los últimos treinta años han sido conscientes de que el modelo de formación del profesorado que se puso en marcha en 1970 no respondía a las nuevas necesidades de la sociedad de la información y del conocimiento.

En cambio, no estoy tan seguro de cuáles han podido ser las razones para que lo hayan mantenido sin cambio alguno. Hoy, cuando el mal ha calado hasta el tuétano del sistema educativo, algunos políticos dicen que la formación del profesorado que se avecina con el mito de la denominada convergencia europea va a resolver el problema. Personalmente estimo que, a la vista de las directrices que han sido aprobadas recientemente por el gobierno, la calidad de la formación del profesorado español será todavía peor que la actual, aunque es bien cierto que me encantaría equivocarme.

Santiago Molina es Catedrático de la Facultad de Educación en la Universidad de Zaragoza